

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes... 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LOUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

Lo he leído en la *Gaceta*, y á duras penas me resigno á creerlo; el rey llega: nuestro adorado, bien que desconocido señor, arde en deseos de venir á darnos la felicidad que tanto hemos menester, y anhela, según se ha dignado manifestar, compartir con sus futuros súbditos los peligros de la situación—dado que hubiese peligros, que no los hay;—sin embargo, como si Dios quisiera hacernos comprender una vez más que en este valle de lágrimas ¡ay! las dichas no pueden ser completas, salimos ahora con que no tenemos *marcha real*.

Buena la hemos hecho por cierto: por todas partes se preparan suntuosos festejos: agítanse los concejales de nuestros municipios con el noble propósito de allegar fondos para recibir dignamente al ilustre tronco de la dinastía nueva: en este pueblo preparan un opíparo almuerzo; en aquel unos vistosos fuegos artificiales; apréstanse en tal punto para celebrar unas regatas, sin que falten aldeas en que se dispongan las tradicionales luchas entre moros y cristianos; todo se ha previsto, en todo se ha pensado, y ahora falta lo principal, *la marcha*.

Pero lo notable que hay en esto es que á nadie puede culparse; ni al gobierno, ni á los aostistas, ni al país.

Al gobierno, ¿cómo? Pues si con la anticipación debida abrió el concurso, prometió recompensas, determinó los compases para la marcha real, por cierto que había de estar escrita en compás de compasillo, bien lo recuerdo.

De los músicos nada puede decirse, y á bien que no anduvieron remisos ni escasos en acudir al llamamiento: *cuatrocientas cuarenta y siete marchas* se han presentado: digo, me parece que con estas marchas hay para surtir, no ya á un rey de duración problemática, si que á todos los reyes de lo futuro—que tengo para mí que serán pocos.

Del país no quiero hablar: cuanto dijese yo para explicar su entusiasmo sería pálido si con la realidad se comparase. Un mes hace que una votación unánime (!) de la Asamblea Constituyente nombró rey de los españoles, y continúan aun las señales del regocijo y de la alegría que tan acertada elección causará en los primeros instantes; alegría y regocijo aumentados despues cuando, al impulso apasionado de la impresión primera, sucedió el entusiasmo reflexivo de la admiración razonada, y pudo verse cuánto había de patriótico, de conveniente y de honoroso para nosotros en la elección del príncipe Amadeo.

Ahora bien; si los ministros han hecho—como era su deber de vasallos humildes—cuanto de su parte estaba; si los músicos han acudido al llamamiento; si la opinión general, favorable, como es público y notorio, al rey italiano, no escatima las ocasiones de inspirar al artista, ¿dónde hemos de buscar el origen de esta desgracia que ahora lamentamos? Yo bien lo sé, ¿pues no he de saberlo? y no vacilaría en

decirlo si no temiera malquistarme con Arrieta, Barbieri y Saldoni, que son los verdaderos culpables. Si señor, ellos son los demagogos y los intransigentes. Porque, á mí no me digan, entre cuatrocientas cuarenta y siete marchas, ¿cómo no ha de haber una, una sola, ú dos, que satisfagan á los más descontentadizos?

Es claro. Sino que, ya se ve, ellos son republicanos furibundos, y lo que ellos quieren es que el rey no venga, y juzgan que sin *marcha real* no vendrá: ¡oh! si tuviese yo alguna parte en el gobierno, por pequeña que fuera, ya estarían en el Saladero esos tres perturbadores del orden público. Pues qué, ¿así se juega con las esperanzas legítimas de un pueblo?

Afortunadamente sus torpes maquinaciones saldrán fallidas, porque con *marcha* ó sin *marcha* el rey vendrá, y ellos tendrán que tragarle mal que les pese, que no hemos de permitir diez y ocho millones de españoles que nos domine la displicencia inaudita de tres músicos; ¡hasta ahí podría llegar la chanza!

¡Oh tú, Amadeo excelso, príncipe ilustre; permítete á uno de esos españoles, cuya felicidad tanto ambicionas tú y tanto desea tu señora esposa, que te salude amorosamente, confundido entre la muchedumbre inmensa de tus esclavos. Ni te ofenda, Amadeo, vástago distinguido de una familia ilustre, glorioso descendiente de una egregia estirpe, como tú te complaces en repetir y yo me agrado de escucharte, que un pobre súbdito que apenas si se permite ser periodista hable á su monarca sin aquellos tratamientos de augusta majestad, de real persona, etc., etc., que son del caso cuando al amo nos dirigimos. Desde tiempo inmemorial los españoles hablamos á Dios de tú, y puedes comprender si será usual y corriente tratar con desenfado á los monarcas.

Algunos centenares de músicos han celebrado tu llegada, bien que con menguada fortuna, por culpa de tres maestros revoltosos, Arrieta, Barbieri y Saldoni, cuyos nombres te recomiendo para que recuerdes siempre que ellos te privaron de una *marcha real* con el pretexto fútil de que ninguna era digna del premio, cuando es evidente, para quien conozca tus aspiraciones modestas y para quien sabe cuánto te satisface todo lo que es nuestro y cómo todo lo hallas bien hasta el punto de llamar elocuente á Ruiz Zorrilla, que para tí cualquiera cosa hubiera sido suficiente. Alguno distinguido poeta ha cantado en fáciles versos tus alabanzas; mil y mil periodistas han entonado en tu loor cuanto cabe entonar en muchos artículos de fondo.

Ven, pues, Amadeo; ven ya: el pueblo te espera y se apercebe para recibirte dignamente.

Ya sé yo, tú lo has dicho, y cuando no lo dijeras, cuantos conocemos tu noble origen y lo excelso de tu prosapia lo presumiríamos, que el peligro fuera para tí estímulo del deseo; pero yo te aseguro que no lo hay: aquí todos te amamos y nos hallamos prontos á venerarte.

Mira, la Hacienda no puede hallarse en mejor esta-

do; consulta á Moret, el más bello y el más sábio de todos los españoles: él te dirá, él te repetirá lo que ya nos ha dicho; qué andamos un poco alcanzados, pero que eso se remedia fácilmente con solo aumentar los ingresos: cosa sencillísima de hacer, aunque ha sido difícil de discurrir. Digo difícil de discurrir, porque nadie hasta hoy había pensado en que, aumentando los ingresos, podría salirse de apuros; y lo llamo sencillo de realizar, porque como por la presente solo se emplean la fuerza y los fusiles para cobrar las contribuciones, quedan aun para las circunstancias graves las piezas de artillería, los cañones Krupp, los morteros y los trenes de batir, que se emplearán sin duda con magníficos resultados.

Yo, Amadeo; yo, que á fuer de perspicaz he penetrado que un rey de egregia estirpe y de antepasados nobilísimos no podía ver con gusto que sus colegas los otros reyes lo mirasen como rey popular, comprendo cuánto ha de ser grato para tu corazón saber que el pueblo, el pueblo ignorante quiero decir, y muchos de sus representantes no ven en tu nombramiento toda la legalidad apetecible. De modo que para disponer la ceremonia de tu instalación, el gobierno y *ciento veinte diputados* se han visto obligados á prescindir de la Constitución y á barrenar el reglamento.

Traducido esto al lenguaje vulgar, ¡oh rey de estirpe egregia! significa que vendrás impuesto, y ya lo sospechas tú cuando hablas de peligros, porque si el pueblo te quisiera, ¿qué peligros podías temer?

Cuando, pasado algun tiempo—deja, ilustre príncipe, deja al espíritu de un español que divague un momento en los espacios hoy ideales de lo porvenir—cuando pasado algun tiempo, *breve tal vez*, los cronistas narren tu historia para ejemplo de monarcas y enseñanza de pueblos; cuando refieran tu caída—si caes, como yo espero,—no podrán decir de tí como de otros reyes se ha dicho: «Desdichado monarca: rodeado por torpes ambiciosos y por cortesanos miserables, nunca supo lo que en el país acontecía: siempre ignoró las infamias cometidas en su nombre; para él fueron desconocidas las iniquidades y los atropellos autorizados por su firma.»

No, por fortuna, joven rey, por fortuna para tí y para todos, tú conoces (debes conocerla al ménos) la situación de España, y mañana el historiador imparcial y justo, sin pasión y sin odio, ese historiador inspirado en la conciencia pública, á quien ni puede encarcelar el juez, ni puede hacer callar el verdugo; esa conciencia de las naciones que nunca se compra y á quien no puede intimidarse, dirá de tí: «Fué un joven de ambición desmedida y de notable egoísmo: creyó que se engrandecería aceptando una corona ofrecida indudablemente por quien no debía ofrecerla; creyó contribuir al lustre de su casa y aceptó: su aceptación produjo derramamiento de mucha sangre, millares de ciudadanos sucumbieron en la terrible lucha iniciada por su vanidad, el país se empobreció; muchas familias se arruinaron; ciudades populosas y animadas, llenas de talleres y ricas en industria, quedaron reducidas á la miseria; tal fué la feli-

ciudad que este rey proporcionó á su nueva patria (así la llamaba). Por último se hundió, abandonado por todos y sin que su memoria odiosa y aborrecido hiciera derramar una sola lágrima.»

Esto, esto y algo más que omito ahora se permitirá acaso escribir algún historiador de baja estofa y de malas entrañas.

Los demás españoles, empero, pensarán de distinto modo; créelo así, ven pronto, y perdóname, rey de mi vida, si en algo he podido faltarte.

A. Sanchez Perez.

JOCOSIDADES PARLAMENTARIAS.

V.

De la mar, el mero; y del Parlamento, la sesión del lunes.

Que la proposición es de ley.

Que la proposición no es de ley.

Sobre si es ó no es, campanillazos, gritos, coros, golpeamientos en bancos y presidencia, campanillazo continuo; y así como en el célebre sainete de las aceitunas antes son reñidas que plantadas, así en el sainete del rey antes que nazca este ya nos lo peleamos.

La monarquía es como el fuego, que antes de existir ya da humo; ojalá que como el humo se fuera; pero lo cierto es que entre tanto nos envía como mensajero cada desazón que escuece.

El presidente.—¡No es verdad que se infrinja el reglamento!

El autor de la proposición.—Si que lo infrinjo un poco; pero es para felicidad de todos.

Las minorías.—¡No queremos ser felices fuera de la ley!

La oposición.—Que se lea el art. 15 de la Constitución.

El presidente.—Ya está leído.

La oposición.—Y está infringido.

La mayoría.—¡Para salvaros!

La oposición.—Que se lea el art. 51 de la Constitución.

El presidente.—Ya está.

La oposición.—Pues no lo cumplís y sois facciosos.

La mayoría.—Pues nos indultamos unos á otros.

La oposición.—Que se lean los artículos 7 y 9 del reglamento.

El presidente.—Leídos.

La oposición.—Pues vaya la proposición á las secciones.

La mayoría.—¡Es nuestra y no sale de aquí!

¡Oh, si el príncipe Amadeo hubiese presenciado cómo sin haber dado más que unas cuantas caricaturas de la Anunziata se escandalizaban unos á otros los españoles, ¡qué bellas conjeturas hubiera podido hacer sobre su porvenir! ¡Qué será cuando á pesar del jefe del cuarto, y de los amigos que le rodearán en su servidumbre, y de las veleidades del Senado, y de los Congresos no unánimes, pueda dar y quitar ministerios, importancia, todas las cruces, todas las placas, todas las bandas, y... algún dinerillo!

¿No ha de ser amado, querido, idolatrado, hasta aquel día en que una casualidad igual ó semejante á las que acontecen hoy en las monarquías contraría la corriente de benévolos afectos que sostienen á los reyes?

El se verá grabado en las monedas y en los corazones largo tiempo.

Pero me olvidaba de la sesión, que seguía su curso tempestuoso.

El ministro de Fomento.—¡El regente sanciona las leyes!

El ministro de Hacienda.—¡En las cámaras políticas no se permiten interrupciones!

(Sin duda el ministro habría ido al colegio de sordomudos, donde se carece del pan cotidiano, y se figuró que aquella silenciosa reunión era una Asamblea Constituyente.)

El ministro de Fomento.—El gobierno acepta la proposición que infringe las leyes, como ha dicho muy bien el autor de ella, y no las infringe, como ha dicho con razón el presidente; porque cuando existen ciertas oposiciones y ciertas coaliciones, todo es lícito y legal.

Gritos, protestas, increpaciones de todas las demagogias contra el ministro.

El ministro.—¡Yo hablo en condicional!

¡Aaaaaaaah!

El ministro de Hacienda.—¡La autorización que se pide también es condicional!

El presidente de la Cámara (rompiendo la mesa).—¡Calma, señores, calma!

No; y ello es que á medida que se acerca el rey se va calmando el país, hay más dinero, más legalidad y tiene la mayoría más confianza en sí misma.

Se le dice al gobierno y se le repitió en la última sesión: Pero si hemos de autorizarlo todo; si hemos de votar sin discutir, ¿por qué tardásteis tanto en reunir las Cortes? ¿Por qué cuando en las últimas vacaciones parlamentarias se os pedía una vez y otra que llamáseis otra vez á los diputados no lo quisisteis hacer?

¡Vaya una hora de andarse con porqués y con preguntas!

El gobierno dice con razón, y además con gracia:

—¿Pero va á venir el rey y nos ha de hallar irregulares, es decir, inconstitutos? ¿No autorizásteis el planteamiento del Código?

La minoría.—¡Sí; porque prometisteis discutirlo inmediatamente!

El gobierno.—¿Y quién hace caso de nuestras promesas?...

No, eso no lo dijo el gobierno; pero si lo hubiese dicho, también habría tenido razón.

El rey ha de venir. La cosa urge; porque sin rey no puede haber Hacienda, ni Código, ni jurado, ni derechos individuales armonizados con las exigencias de la monarquía.

Con decirles á Vds. que habló el Sr. Ríos y Rosas...

Pero porque...

El ministro de Hacienda asegura que en lo que se refiere á su ramo no hace falta la autorización.

¿Pues por qué se pide?

Se quiere dar dinero y prestigio al rey, que cada cual pide lo que le hace falta, y sin embargo, se quiere que las decenas de millones de reales que viene á cobrar se le den sin discusión ni regateo...

La oposición.—¡Dais golpe de Estado!

La mayoría.—¡No es golpe de Estado!

El Sr. Ríos.—Si yo quisiera la dictadura tendría valor para ella: rompería la Constitución con la punta de las bayonetas y arrojaría los pedazos á la cara del pueblo español.

Gran tumulto.

La mayoría no es tan despilfarradora. Prefiere vender por papel viejo los pedazos de la Constitución.

Roberto Robert.

¿EN QUÉ PAÍS VIVIMOS?

La cosa está que dá grima: Amadeo se aproxima y es fácil que el trueno estalle, pues nadie sale á la calle sin llevar un arma encima.

Esa vieja seductora que se dirige á la Alhambra muy peripuesta, á deshora, ¿qué lleva bajo la chambra? Lleva una *ametralladora*.

Ese pollo distinguido que va corriendo á una cita no es un chico inadvertido: lleva un *chassepot* prendido al ojal de la levita.

Ese barbi-limpio hortera que se acaricia la gorra y está parado en la acera, aguarda allí á su horchatera con *navaja* y *cachiporra*.

Esa dama que está en Fornos cenando con una amiga, tiene muy bellos contornos, y lleva en el traje adornos, y lleva un *pincho* en la liga.

Ese asqueroso granuja que con la capa se tapa y sin frío se arrebujá, esconde bajo la capa ¡canario! un *fusil aguja*.

Esa chiquilla adorable que ni dos lustros tendrá, tierna, cariñosa, amable, dice en «La Unión» al papá:

—«Papá, ¿me compras un *sable*?»

Ese que en la Castellana anda, presbítero cuco, con canina y con galbana, escondido en la sotana carga un soberbio *trabuco*.

Ese que en coche pasea, Juan Prim y nos pisotea, *por si forte* en el bolsillo (como dijo en la Asamblea) lleva siempre un *cachorrillo*. Cuando empiece el tirotear, este parte he de mandar á Italia con gran presteza: —Por aquí no va á quedar ni *titere* con cabeza.

J. D. y S.

ÉL.

Estoy á punto de creer que él... va á venir.

Dice que está impaciente; que sabe que hay peligros, y que desea arrostrarlos; que sabe que hay quien le odia, y desea confundirle, y que por lo tanto que le digan cuándo viene, porque está dispuesto... á todo.

Me alegro. Yo también estoy dispuesto...

¿Si estaré dispuesto yo, cuando empiezo por conceder que puede venir, más aun, que va á venir?

Lo que no sabe él y lo que yo dudo es:

1.º Si volverá.

Y 2.º Cuántas horas mediarán entre la llegada y el regreso.

Peró ¿que viene? ¡Bah, es seguro, sí señor, muy seguro!

Vd. no tiene más que ver lo siguiente:

«Las cárceles están llenas de periodistas independientes.»

«Se han preso algunos militares acusados de republihanismo.»

«Se ha dispuesto que se recrudezca la persecución á la prensa.»

«Se arrebatan de manos de los vendedores los *periódicos*.»

Vamos, ¿no huele Vd. á rey? Pues mire Vd.:

«Se van á llamar á las armas á 30.000 soldados.»

«En Sevilla se reconocen diariamente 60.000 cartuchos metálicos, procedentes de un contrato.»

«Se entrega el sistema Berdan á los soldados que aun no le tenían.»

«La tropa duerme en los cuarteles.»

«Barcelona parece un campamento.»

¿Aun duda Vd. de que él está próximo á desembarcar? ¡Qué candidez! Oiga Vd., hombre, oiga Vd.:

«Se van á aumentar los impuestos.»

«Las contribuciones se cobran á balazos.»

«Hay maestro de escuela que parece papel de fumar.»

«En provincias se adeudan al que ménos dos meses y al que más dos siglos.»

«Se ha construido un jardín en la plaza de Oriente.»

¿Y ahora? ¿Lo va Vd. creyendo? Vamos, hombre, si no es posible que fuera Vd. tan obcecado. En fin, yo, yo mismo creía también que no era posible que él se determinara.... Pero ahora lo veo casi hecho, porque lo que yo me digo:

«Rivero deja el ministerio.»

«Echegaray se va.»

«Ruiz Zorrilla no habla *point* de moralidad.»

«Rojo Arias es gobernador de Madrid.»

«A Castelar no le dejan hablar en las Cortes.»

¿Qué me dice á mí, qué le dice á Vd. este baturrillo? ¡Que viene él! ¡Claro está!

Pues bueno, observe Vd. lo siguiente:

«La Partida de la Porra sigue ejerciendo.»

«Rivero publicó una carta democrática.»

«Si alguno ha sido asesinado ya se sabe por quién.»

«También Abel fué asesinado y nadie protestó en las Cortes contra Cain. Lo que prueba que un asesinato disculpa el otro.»

¿Quiere Vd. más? ¿Hay quien quiera más pruebas de que viene él?

Por si hay quien quiera más datos, más pruebas, óiganme:

«Las leyes orgánicas, las leyes sociales se votarán sin discusión.»

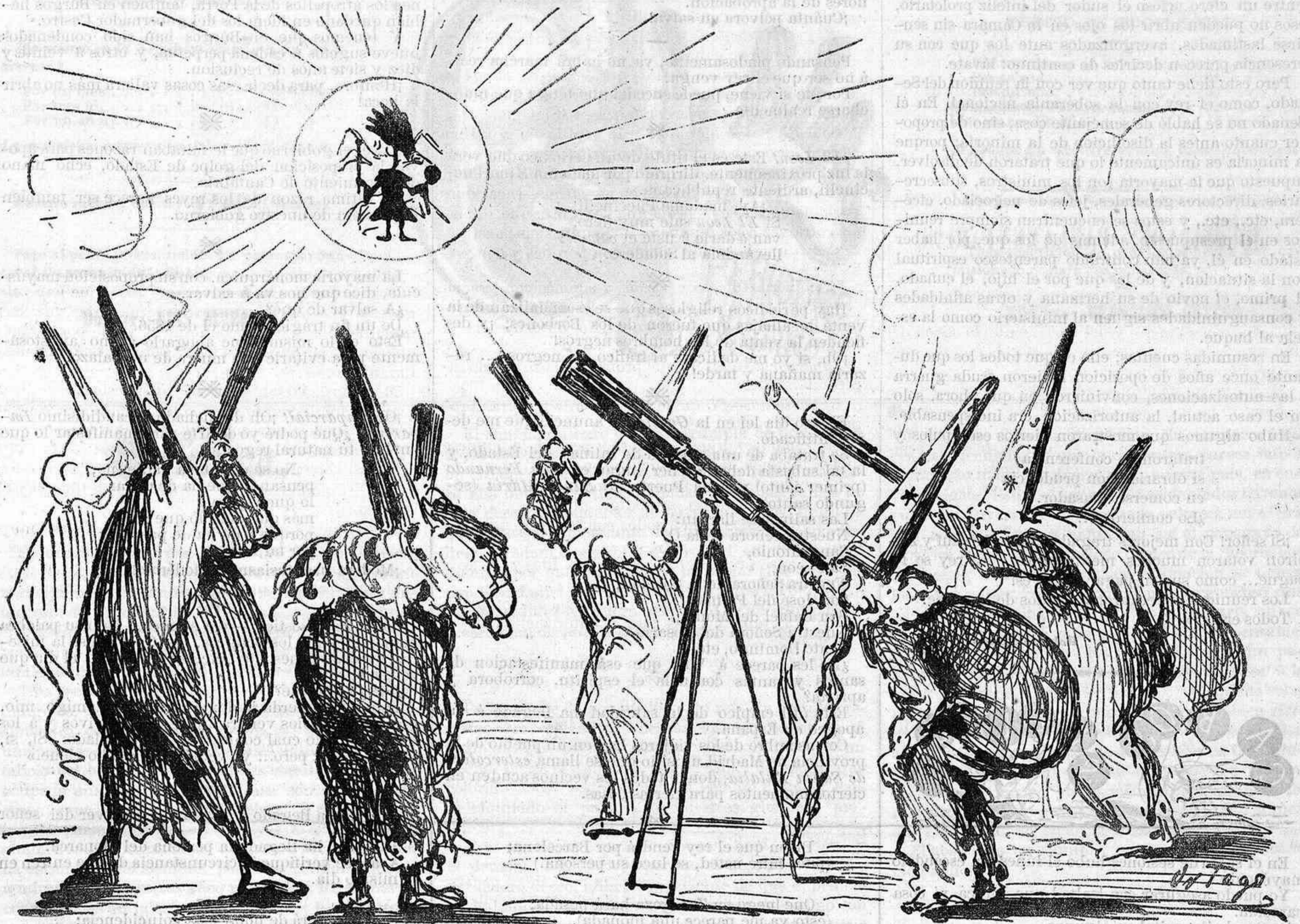
«Una autorización omnimoda hará al gobierno árbitro de nuestros destinos; es decir, de sus destinos y de nuestras costillas.»

«Después, 191 estómagos disolverán las Cortes.»

«La soberanía nacional es el aguinaldo que se hace al rey.»

«El 30 de este mes, *sin falta alguna*, se cierran las Cortes.»

«El 30 de este mes, *sin falta alguna*, se cierran las Cortes.»



Eclipse total del sol... (de la libertad) que solo se observa en España despues de la eleccion del rey.

«Los diputados del país, es decir, el país, se arrodillará delante de él, pasará por debajo de él. Porque él está sobre las Cortes, sobre el país, sobre la soberanía nacional.»

Vamos, ¿está Vd. convencido de que viene él? ¿Está Vd. de veras convencido? Hombre, me alegro.

Ahora bien: dado que él viene, como vino el cólera en 1865 y la fiebre en 1870, averiguar si durará cuarenta dias con cuarenta noches como duró el diluvio. Averiguar si el diluvio viene antes que él, con él ó despues que él. Averiguar, en fin, quién es él. ¿Él ó el diluvio?

CORZUELO.

LA REUNION DEL SENADO.

En aquel famosísimo poema, cuya heroína es la bella Zapaquilda, hay un consejo de gatos, que es uno de los más sabrosos episodios con que el ingenioso Lope de Vega supo amenizar las aventuras de Mizifuf, Marramaquiz y demás felinos que en su obra introdujo; pero con todo, y ser tan famosa aquella española epopeya, quedó eclipsada desde la del sábado, en que á las altas horas de la noche, circunstancia gatuna tambien, se celebró en el Senado la conferencia cuyo propósito era disolver la minoría de las Cortes.

Oyóse un, como si dijéramos, acaramelado mayar de gato suplicante. Para el que estuviese en autos,

claro es que no podia haber duda en que hablaba el presidente de la Cámara; pero el que de lejos solo hubiese oido decir Ruizzzz, Sanctacruzxxx, Diazxxx, de fijo, de fijo se habría figurado que en aquel antes respetable sitio se estaba poniendo en escena *La Gatomaquia*.

El propósito de aquellos hombres consiste en gobernar en virtud del poder soberano que reside en las Cortes, y disolver las Cortes soberanas.

¿No es esto parecido al acto de Mizifuf, cuando echó

de ira y de furor y celos lleno, una mano al papel y otra al relleno?

La idea de que venga á reinar el duque de Aosta y se entere de los cargos que diariamente se dirigen á los que se empeñan en traerlo, no les deja descansar.

A ver: pronuncien Vds., imitando el mayar de un gato jovencito, pronuncien Vds. el nombre de Mateo, y comprenderán la ilusion que me causa el relato de la sesion del Senado; y si con voz distinta, pero gatuna tambien, pronuncian Vds. el nombre de Amadeo, intercalando con frecuencia un grito de ¡Ruizzz! se habrán hecho cargo de lo que va á ser cualquier dia un diálogo entre el futuro rey, el ministro de Estado y el presidente de las Cortes.

Para experimentarlo ahora mismo, si Vds. quieren, no tienen más que con cierto garbo repetir conmigo:

Mateooooo...

Amadeooooo...

¡Ruizzzz!

Yo no sé si esto tiene ó no tiene que ver con la reunion del Senado; pero tampoco el príncipe de Saboya tiene nada que ver con nosotros, y si lo mío no viene á cuento, él viene á España, y váyase lo uno por lo otro.

Si no es gatada, es cuando ménos sagastada la del ministro Mateo al exclamar: ¡Sálvense las colonias y perezcan los principios!

La oportunidad del Sr. Padiál, diputado por Puerto-Rico, resaltó, descolló y despampanó á los circunstantes.

¡Perezcan los principios y sálvense las colonias! exclamó el Sr. Sagasta, y el Sr. Padiál replica:

—¡Gracias á Dios! Salvemos, pues, las colonias, y ya que vamos á hacer la atrocidad de votar una autorizacion mortífera, hágase por autorizacion la Constitucion de la isla de Cuba.

El ministro de Ultramar le contestó como todos los venteros españoles:—Precisamente eso que me pide usted es lo único que no le puedo servir. Todas las autorizaciones que Vd. nos conceda las aceptaremos, ménos esa.

Y el Sr. Padiál, como el pobre viandante, tuvo que comer la pseudo-liebre de los venteros progresistas.

¡Cosa rara! Dos años de poder les parece que han pasado como un soplo á los dueños de la situacion, y dos, tres meses más de Asamblea Constituyente les parece una eternidad de llamas.

¡Ah! Los Congresos son el infierno de los poderes semejantes al de hoy; á cada paso les suenan en los oidos las voces de sus pecados, y los que prometieron como hombres honrados votar contra las quintas, hacer economías, dejar libre la imprenta, restablecer

la moralidad, no votar autorizaciones, rebajar impuestos y no derramar con abominable parcialidad entre un clero ocioso el sudor del infeliz proletario, esos no pueden abrir los ojos en la Cámara sin sentirse lastimados, avergonzados ante los que con su presencia parecen decirles de continuo: lávate.

Pero esto tiene tanto que ver con la reunion del Senado, como el rey con la soberanía nacional. En el Senado no se habló de semejante cosa, sino de proponer cuanto antes la disolucion de la minoría; porque la minoría es únicamente lo que trataron de disolver, supuesto que la mayoría son los ministros, subsecretarios, directores generales, jefes de negociado, etcétera, etc., etc., y estos se encuentran siempre reunidos en el presupuesto, además de los que, por haber estado en él, ya han contraído parentesco espiritual con la situación, y de los que por el hijo, el cuñado, el primo, el novio de su hermana y otras afinidades y consanguinidades siguen al ministerio como la estela al buque.

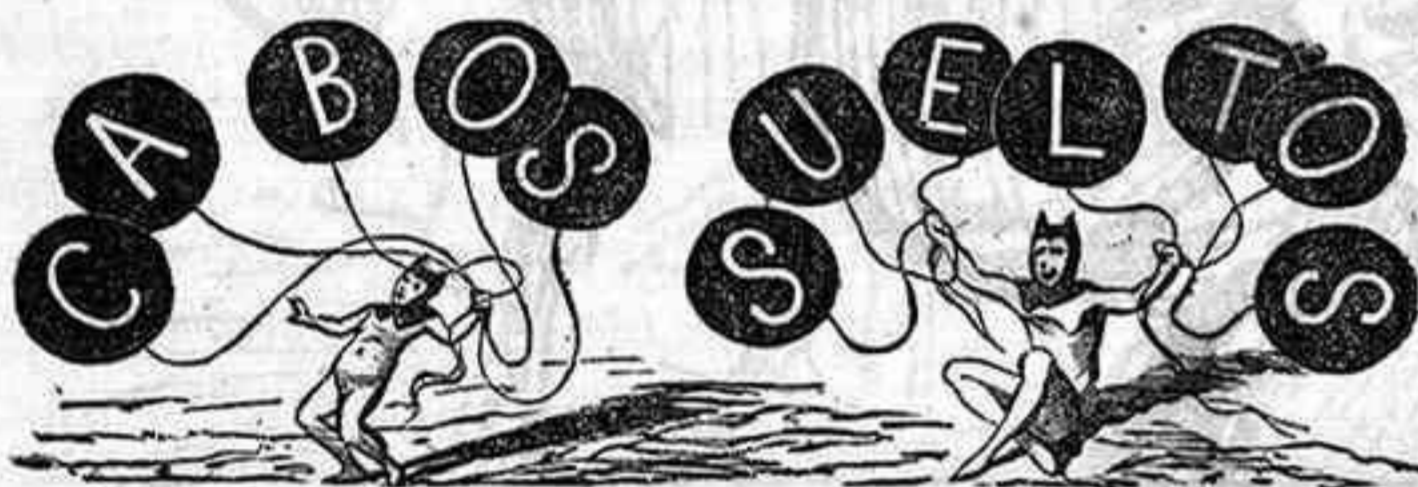
En resumidas cuentas; ello es que todos los que durante once años de oposicion hicieron cruda guerra á las autorizaciones, convinieron en que ahora, solo en el caso actual, la autorizacion era indispensable.

Hubo algunos que mostraron ciertos escrúpulos y trataron en conferencia si obrarian con prudencia en comerse el asador. ¿Lo comieron?...

¡Sí señor! Con mejores tragaderas que Mizifuf y Zapiron votaron muchos melindrosos... ¡El rey se lo pague... como suelen pagar los reyes!

Los reunidos se retiraron á las dos de la noche. Todos eran pardos.

Roberto Robert.



En el salon de sesiones hubo el lunes un escándalo mayúsculo.

Yo puedo asegurar con lealtad que nunca ví cosa parecida.

—¡Que baile! gritaban algunos.

Solo faltó que los concurrentes á las tribunas dijeran á Ruiz Zorrilla aquello de: «No lo entiende Vd.; no lo entiende Vd.»

Pues mire Vd., hubiera sido una inconveniencia, lo confieso, pero hubiera sido una verdad; eso es otra cosa.

«Se quiebra, pero no se dobla.» (Así decia *La Iberia*.)

Sálvense las colonias aunque se pierdan los principios. (Así dice Sagasta.)

¿Qué diablo de atmósfera se respira en las regiones oficiales?

La cosa parece achaque de encantamiento.

Yo no quisiera pensar mal; pero vamos á ver:

¿Cómo se explican si no ciertos cambios?

¡Ay! Sr. Sagasta, Sr. Sagasta, ¿por qué no hace usted el favor de explicármelo?

Difícil es.

Aventuras clericales. Corre bromazo el arzobispo de Búrgos, procesado por su pastoral contra el matrimonio civil.

Pío IX ha dado permiso á uno de los Borbones para que se case con una Braganza.

Es de suponer que ese casamiento no se verificará donde el matrimonio civil sea obligatorio.

Varios clérigos de Barcelona han resuelto obtener la libertad de Pío IX.

El mejor medio que han encontrado para alcanzarla es pedirselo al cielo cantando.

Cantarán, pues, un triduo y cántate al Papa libre.

La Providencia permitió el domingo último que á un sacerdote de Madrid le fuesen robados 19.000 rs. en plata y oro y 2.000 rs. en billetes de Banco, dos sacos y una caja con gruesas cantidades en metálico, reloj de oro, mantelería fina, dos Cristos falsos, es decir, de metal blanco, y varias prendas de vestir.

¡Comprendo el llanto de la Iglesia!...

Parece que el duque de Aosta desembarcará en Barcelona.

Ya se han enviado allá 900.000 cartuchos, que supirán al entusiasmo.

Cuatrocientas cuarenta y siete marchas se han presentado al concurso, y ninguna ha merecido los honores de la aprobacion.

¡Cuánta pólvora en salva!

Pensando piadosamente, ya no habrá marcha real, á no ser que el rey venga.

Porque si viene, puede suceder que tenga que marcharse realmente.

¡*El Leon!* Este es el título de un periódico que verá la luz próximamente, dirigido por madama Mina Puccinelli, ardiente republicana.

¡Ay, madama Puccinelli! Si *El Leon* sale muy fiero, van á darle á usté el *camelli* llevándola al Saladero.

Hay periódicos religiosos que se escandalizan de la venta de alhajas que fueron de los Borbones; ¡y defienden la venta de los hombres negros!

¡Oh, si yo me dedicase al tráfico de negros..... rezaría mañana y tarde!

El otro dia leí en la *Gaceta* un anuncio que me dejó santificado.

Se trataba de una subasta de salinas del Estado, y la tal subasta deberia tener lugar en *San Fernando* (primer santo) y en el Puerto de *Santa María* (segundo santo).

Las salinas se llaman: Nuestra Señora de la O, San Antonio, San Leon, Nuestra Señora de la Soledad, San José del Palmar, San Rafael del Monte, Nuestra Señora del Rosario, Santo Domingo, etc.

¿No les parece á Vds. que esa manifestacion de santos y santas consuela el espíritu, corrobora y aprietta?

Este útil empleo de la santidad ha llegado á su apogeo en España.

Con asombro de los viajeros hay en un pueblo de la provincia de Madrid un sitio que se llama *estercolero de Santa Eulalia*, donde todos los vecinos acuden en ciertos momentos para ciertas cosas.

Dicen que el rey vendrá por Barcelona; (pues mire usted, se luce su persona.)

Que luego en Zaragoza hará posada; (esto ya me parece una monada.)

Que á Madrid llegará con apetito; (¡Jesús, y qué gracioso señorito!)

Que prestará en las Cortes juramento; (¿y si pide que baile algún jumento?)

Que del pueblo será bien recibido; (esto ni usted ni yo lo hemos creído.)

Y que á España con gloria regirá; (esto sí que ninguno lo creará.)

El Sr. Tamayo pide á *La Correspondencia* manifieste que no es suya, sino de D. Joaquin Estébanez, la comedia *Los hombres de bien*.

Si el Sr. Tamayo se cree hombre de bien representando esa farsa y engañando al público; no es extraño que haya falseado la verdad al escoger los tipos de su comedia.

Aun no se ha determinado cuándo entrará Aosta en España.

El, segun dice, está deseándolo.

De suerte que su venida es segura; lo que no se sabe es

«si vendrá por la Pascua ó por la Navidad.»

El síndico de la municipalidad de Florencia ha brindado en un banquete por la felicidad de España.

En Italia hay hácia nosotros muy buenos sentimientos: como que nos regalan un rey.

Yo agradezco los sentimientos, sí señor; pero no agradezco el regalo.

Por lo demás, el brindis de ese señor síndico, para serio me parece una inocentada; para en broma lo encuentro demasiado cruel.

Valiente felicidad nos traerá el buen Aosta; ya verá Vd., ya verá Vd.

¡Por Dios, Sr. Martos!

Decia Vd. que si en Madrid habian quedado impunes los atropellos de la Porra, tambien en Búrgos habian quedado en idem los del gobernador Castro.

Y tenemos que en Búrgos han sido condenados nueve sugetos á cadena perpétua, y otros á veinte y diez y siete años de reclusion.

¡Hombre, para decir esas cosas valiera más no abrir la boca!

Al ver el gobierno que le faltaban razones para apoyar la proposicion del golpe de Estado, echó mano del regimiento de Cantabria.

La última razon de los reyes parece ser tambien la primera de nuestro gobierno.

La mayoría monárquica, con su proposicion mayúscula, dice que nos va á salvar.

¿A salvar de qué?

De un fin trágico como el de 1856.

Esto es lo mismo que ahogarlo á uno amistosamente para evitarle que muera de un balazo.

¡Oh *Imparcial!* ¡Oh desdichado y candidísimo *Imparcial!* ¿Qué podré yo decirte para manifestar lo que envidio tu natural regocijo?

No se engañe á nadie, no, pensando que ha de durar lo que espera más que duró lo que vió; porque todo ha de pasar por tal manera.

¡Modera tu entusiasmo! ¡Modéralo!

Santa Cruz sostiene—por supuesto bajo su palabra, nada más—que los peligros, los trastornos, la miseria, los desórdenes, etc., etc., cesarán el dia que venga el rey.

¿Sí? ¿Y por qué?

Esto me recuerda lo de: «Créame Vd., amigo mio, créame Vd.; Dios vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos;» á lo cual contestaba el interpelado: «Sí, sí, le creo á Vd.; pero... ya verá Vd. como no viene.»

Aun no ha llegado á España el cadáver del señor Madoz.

Tampoco ha llegado la persona del monarca.

Acaso se verifique la circunstancia de que entren en el mismo dia.

Entonces será de notar esta coincidencia:

El primero salió vivo y vuelve difunto.

El segundo entra vivo...

Ya continuaremos el paralelo.

Hay quien asegura que el asunto del aplazamiento de elecciones podrá producir excisiones en el gabinete.

¿A que no?

Comité central de suscripciones y donativos para los heridos franceses.

Se reciben en las siguientes casas: Sres. Clemant, hermanos, Carretas, 13; D. Francisco Riviere, Prado, 2; D. Simon Mayer, Montera, 12; D. Eduardo Baudevin, Alcalá 68.

CHOCOLATES DE MADRID.

COMPANÍA COLONIAL.

FÁBRICA MODELO FUNDADA EN 1854.

ONCE MEDALLAS DE PREMIO.

CAFÉS Y TÉS SUPERIORES

Depósito general, Mayor, 18 y 20.

Realizacion de Champagne y licores por cuenta de una casa extranjera.

Precio: 10, 14 y 18 rs. botella. Se admiten en pago los napoleones por 20 rs., calle de Correos, núm. 2.

MADRID: 1870.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.